

–Aquí llegan provisiones –gritó Mauricio y dejó la bandeja de galletas en la cama.

Las galletas estaban deliciosas. En su punto de cocción y en su punto de azúcar. Mauricio les contó lo del profesor de pelar naranjas.

–¿Estás seguro de que es cierto? –preguntó Lilí.

–Podría ser cierto –dijo Mauricio–. Y las galletas están realmente buenas.

Al final sólo quedaba una galleta en la bandeja de plata. Lilí cogió la bandeja con una mano e iba a coger la galleta cuando de pronto se detuvo.

–Pero fijos –gritó–, ¡si es un barco pirata!

Y así era. En medio de la bandeja había un magnífico barco pirata estampado, con tres grandes velas y una bandera con una calavera.

–¡Qué casualidad! –gritó Óscar.

No, pensó Mauricio, no es ninguna casualidad. Había algo en ese señor Silvestre que era realmente muy singular.

## LA SORPRESA DE LA SEÑORITA MARGARITA, DEL SEÑOR HERMOSILLA Y DE MAURICIO

Cuando al día siguiente Mauricio se despertó, saltó rápidamente de la cama para ir a ver si ya había llegado el periódico. ¡Y así era! El *Últimas Noticias* descansaba dobladito sobre la estera. Mauricio cogió el periódico y volvió a cerrar la puerta tras de sí.

–¿Qué pasa? –gritó papá desde el baño.

–Eh, sólo tengo que mirar una cosa –dijo Mauricio y se fue al comedor donde puso el periódico en el suelo y lo abrió de par en par. En la primera página podían verse fotos de un soldado al que agarraban otros dos soldados. Mauricio iba pasando páginas. Cumbre mundial de economía, reforma tributaria, desempleo.

Al fin llegó a la parte de las noticias locales, donde se daban a conocer las noticias de la ciudad. Y aquí, al final de la segunda página, había una pequeña noticia. Bajo el titular «Sorprendente descubrimiento en el parque municipal» podía leerse:

*Un hallazgo provocó una gran alegría entre los trabajadores del Instituto de Zoología ayer durante una*

*inspección rutinaria del parque. Por primera vez, después de treinta años, descubrieron un ejemplar del primitivo y raro tigre de parque originario de Birmania. El diminuto mamífero mide apenas diez centímetros de largo y se alimenta principalmente de hojas. Este asustadizo animal se consideraba extinguido en Europa desde hacía muchos años.*

Mauricio corrió a ver a papá en el baño.

–Escucha lo que pone aquí –gritó–, ¡puesto a que la señorita Margarita se quedará pasmada!

Cuando terminó de leerlo todo, papá se sentó en la bañera.

–¡Qué increíble! –dijo–, tengo que confesar que esa historia del tigre de parque hasta a mí me parecía bastante extravagante.



Mauricio resplandecía.

–Ahora ya nadie puede decir que me lo he inventado todo. Y ya no voy a tener que escribir otra redacción.

Aquella mañana se vistió lo más deprisa que pudo. Durante el desayuno tragó sus cereales en apenas tres cucharadas, y mientras mamá todavía estaba en el baño maquillándose, la apremiaba para que se fueran de una vez.

La señorita Margarita también leía el periódico aquella mañana. Primero, porque, a decir verdad, estaba demasiado cansada para conversar con su marido, y segundo, porque le parecía que una maestra debía saber lo que venía en el periódico todas las mañanas. Podría ser que algún niño se lo preguntara.

–Vaya, escucha esto –le dijo a su marido cuando llegó a las noticias locales, y le leyó el artículo en voz alta–. ¿Habías oído a hablar nunca de los tigres de parque?

–No –dijo él–, pero, naturalmente, eso no significa nada. Sobre todo cuando hace treinta años que se tenían por extinguidos.

La señorita Margarita no dijo nada. Era una extraña casualidad que justamente ayer uno de sus alumnos hubiera escrito sobre ese animal. Pero ella era lo bastante mayor como para aceptar las casualidades más extrañas. Tendría que disculparse con Mauricio. Y no sólo ella.

Mauricio subió corriendo las escaleras cuando llegó a la escuela. Había enrollado el periódico y lo llevaba en la mano como una espada. Se lo iba a enseñar a todos. Pero cuando entró en clase, no hubo necesidad de enseñar su periódico. Sus compañeros de clase estaban de pie delante de la pizarra con cara de no creer lo que veían y leyendo la noticia del periódico que alguien había recortado y pegado con cinta adhesiva. Esteban Carrasco estaba leyendo en voz alta:

–... se consideraba extinguido en Europa desde hacía muchos años.

Entonces vio a Mauricio

–Qué guay, Mauricio, tío –dijo–. Enseguida pensé que la historia era cierta.

Martín Prieto, que estaba a su lado, asintió solícito. Mauricio ni siquiera les miró.

–Hola Lilí, hola Óscar –gritó–. ¿Qué? ¿Qué os había dicho?

–Lástima que ayer no lo viéramos –dijo Lilí.

También en la redacción local del *Últimas Noticias* había una gran excitación. El teléfono no cesaba de sonar. Los lectores querían saber más sobre el tigre de parque. Pero sobre todo querían ver una foto. El jefe de la sección local, José Hermosilla, clavaba los ojos, furioso, en la diminuta noticia. Esta noticia debería haber salido en primera página, delante de todo lo demás. Iba a tener una bronca tremenda con el redactor jefe. Pero antes daría una reprimenda a sus redactores en la reunión de la mañana.

La redacción de la sección local estaba reunida casi al completo. Cuando Hermosilla entró en el despacho, todos enmudecieron. Detrás de él se abrió paso Pablo, el becario, hasta la última fila. Entonces empezó la reunión. Normalmente repasaban la sección local, página a página, pero aquella mañana el señor Hermosilla preguntó en tono irritado y amenazador:

–¿Cómo ha llegado la historia del tigre de parque al periódico?

Silencio.

–¿Quién ha tomado la decisión de colocar esta historia en un rincón de la segunda página de la sección local?

Tampoco respondió nadie. Los ataques de furia de Hermosilla eran terribles. Entonces se oyó una tosecilla. Venía de la última fila, de Pablo. Pablo ponía cara de desear que se lo tragara la tierra, y sus orejas estaban muy rojas.



–Me temo..., bueno, creo..., me parece... –balbuceó.

–¿Qué? –rugió Hermosilla.

–Yo he escrito la noticia –dijo Pablo desolado.

Transcurrieron unos minutos muy incómodos para Pablo y para el redactor Heriberto Hernández, quien el día antes había sido el responsable de la sección local. Hermosilla vociferó:

–Por una vez que tenemos una buena historia, vosotros la escondéis al final de la segunda página. ¿Y dónde está la foto?

–¿Qué foto? –preguntó Hernández, ingenuo.

–Exactamente –siguió berreando Hermosilla–. No hay ninguna foto. Quiero que mañana aparezca una foto del tigre de parque en nuestro periódico.

Como el ambiente estaba a punto de estallar, a los redactores se les pasaron por alto un par de cosas. Nadie se dio cuenta de que la carta de la que Pablo, el aprendiz, había sacado su artículo, no llevaba remitente. Y nadie habló con el señor Ruiz, director del Instituto de Zoología, que había llamado ya a primera hora de la mañana. Quería decirles que la historia del tigre de parque tenía que ser un error. Ninguno de sus colaboradores había descubierto un animal semejante. Pero la secretaria, esa mañana, no pudo comunicar con él y nadie supo que había llamado.

Mauricio tuvo un gran día en la escuela. La señorita Margarita volvió a leer la noticia en voz alta.

–Por lo visto, hemos sido injustos con Mauricio –dijo–. ¿Y qué hemos aprendido? –la clase perma-

neció en silencio–. Bien, ante todo, que nunca debemos comportarnos como si lo supiéramos todo, la maestra incluida –dijo para terminar, e hizo una mueca que provocó las risas de toda la clase.

A la hora del patio los compañeros de clase formaron un gran círculo alrededor de Mauricio, y éste explicó otra vez con exactitud cómo había encontrado el tigre de parque.

–Voy a ir a verlo esta misma tarde –dijo Esteban Carrasco, y Martín Prieto, como siempre, se sumó a la propuesta.

–No creo que lo encontréis –dijo Mauricio, un poco altanero.

–Ya veremos –contestó Martín, enfadado.

Mauricio había quedado con Óscar y Lili en ir al parque por la tarde. Pero cuando pasó frente al parque, al hacer el camino de vuelta de la escuela, no pudo creer lo que veían sus ojos. La calle estaba acordonada y por todas partes había cintas rojas y blancas. Hordas enteras de gente iban por el ancho camino del parque, muchos con catalejos ante los ojos. Los fotógrafos iban de rodillas entre la maleza. Papá jamás le dejaría ir al parque con tal barahunda.

Pero cuando Mauricio llegó a casa, papá tenía otras preocupaciones.

–Mauricio, entra enseguida –le dijo desde la puerta en lugar de saludarlo–. Tenemos que hablar.